

¡Grandes voces sí que hubo!... Y cantáronle,  
cuando le enterraron, un *Requiem* soberbio.

\* \* \*

Siente unas lástimas,  
¡pero qué lástimas!...  
Y tan extrañas y hondas ternuras...  
¡pero qué extrañas!

Llora a mares por ellos,  
les viste la mortaja  
y les hace las honras...  
Después de que los mata.

\* \* \*

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,  
ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros;  
lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso  
de mí murmuran y exclaman: —Ahí va la loca, soñando  
con la eterna primavera de la vida y de los campos,  
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,  
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

—Hay canas en mi cabeza; hay en los prados escarcha;  
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,  
con la eterna primavera de la vida que se apaga  
y la perenne frescura de los campos y las almas,  
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños;  
sin ellos, ¿cómo admiraros, ni cómo vivir sin ellos?

\* \* \*

Son los corazones de algunas criaturas  
como los caminos muy transitados,  
donde las pisadas de los que ahora llegan,  
borran las pisadas de los que pasaron:  
no será posible que dejéis en ellos,  
de vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

\* \* \*

Con ese orgullo de la honrada y triste  
miseria resignada a sus tormentos,  
la virgen pobre su canción entona  
en el mísero y lóbrego aposento,  
y mientras ella suspira murmura a sus oídos  
otra voz: «No seas tonta;

entre plumas y rosas descansenos,  
que hallo mejor anticipar los goces  
de la gloria en la tierra, y que impaciente  
por ti aguarde el infierno;  
el infierno a quien vence el que ha pecado  
con su arrepentimiento.  
¡Bien hayas tú, la que el placer apuras,  
y tú pobre y ascética mal hayas!  
la vida es breve, el porvenir obscuro,  
cierta la muerte, y venturosa aquella  
que en vez de sueños realidades ama».

Ella, triste, de súbito suspira  
interrumpiendo su cantar, y bañan,  
frías y silenciosas,  
su semblante las lágrimas.

¿Quién levantó tal tempestad de llanto  
en aquella alma blanca y sin rencores  
que aceptaba serena su desdicha  
con fe, esperando en los celestes dones?  
¡Quién!... El perenne instigador oculto  
de la insidiosa duda; el monstruo informe  
que ya es la fiebre del carnal deseo,  
ya el montón de oro que al brillar corrompe,  
ya de amor puro la fingida imagen...  
Otra vez el de siempre... ¡Mefistófeles!  
que aunque hoy así no se le llame, acaso  
proseguirá sin nombre la batalla,  
porque mudan los nombres, mas las cosas  
eternas, ni se mudan ni se cambian.

\* \* \*

Sed de amores tenía, y dejaste  
que la apagase en tu boca  
¡piadosa samaritana!  
Y te encontraste sin honra,  
ignorando que hay labios que secan  
y que manchan cuanto tocan.

—  
¡Lo ignorabas!... y ahora lo sabes,  
pero yo sé también, pecadora  
compasiva, porque a veces  
hay compasiones traidoras,  
que si el sediento volviese  
a implorar misericordia,  
su sed de nuevo apagaras,  
samaritana piadosa.

—  
No volverá, te lo juro;  
desde que una fuente enlodan  
con su pico esas aves de paso,  
se van a beber a otra.

\* \* \*

Sintiéndose acabar con el estío  
la desahuciada enferma,  
—¡moriré en el otoño!—  
pensó entre melancólica y contenta,  
y sentiré rodar sobre mi tumba  
las hojas también muertas.

Mas... ni aun la muerte complacerla quiso,  
cruel también con ella:  
perdonóle la vida en el invierno,  
y cuando todo renacía en la tierra  
la mató lentamente, entre los himnos  
alegres de la hermosa primavera.

## Esto ocurrió antaño, y parece de hoy...

### Los faraones como que también practicaron su Doctrina de Monroe

Otro esfuerzo exterior de los faraones de las primeras dinastías era el de mantener la supremacía en la Nubia y la península del Sinaí. La Nubia, continuación del valle del Nilo hasta el Sudán, es un país seco, sin oasis, pero rico en oro, y por esto los faraones pusieron siempre gran empeño en mantenerlo libre de otras influencias. Sin establecer allí colonias permanentes, los primeros faraones tenían en la Nubia pequeños fuertes,—como las factorías que trataban con los indios de América,—para obtener este oro de los trogloditas nubios a cambio de pacotilla. Más tarde les impusieron contribuciones anuales y así obtuvieron el oro que les sirvió después para desmoralizar la política del Asia, cuando los faraones pusieron sus miras más allá del Valle del Nilo.

También, ya desde los primeros días del Egipto, los faraones trataron de dominar en la península del Sinaí. Allí se encontraban cobre y turquesas, y las inscripciones del Valle de Uadi-Magara, donde estaban las mejores minas, cuentan la historia de la metalurgia primitiva del Egipto. Hay ya relieves de la primera dinastía con la figura de un rey de tamaño mayor que el natural que aplasta a un beduino con su lanza. Hay también otros de la tercera dinastía, y uno de Keops, de la cuarta, el constructor de la gran pirámide. Pero los egipcios tampoco mantuvieron guarniciones permanentes en el Sinaí; cuando un faraón necesitaba cobre, organizaba una expedición, cuyo mando confiaba a un alto funcionario. Una de ellas llevaba 500 asnos para la carga; en otra expedición del tiempo de Ramsés IV tomaron parte 8.000 hombres, mandados por capataces que eran *los ojos y los oídos* del faraón.

Hoy empezamos a comprender por qué y cómo el Egipto se lanzó a la conquista del Asia. Persiguiendo más allá del istmo a los *hyksos* o *pastores*, los faraones empezaron a sentir la sed de dominio y de explotación de las naciones vecinas.

José Pijoán

(Historia del Mundo)